



VIA CRUCIS

Cofradía del Santo
Sepulcro. Miércoles
santo 2019.

Muéstrate, Señor a los que buscan tu rostro. Y también a los que no saben lo que buscan y sienten el anhelo por lo verdadero, lo bueno y lo bello. Muéstrate a nosotros, que somos peregrinos hacia un mundo nuevo donde la justicia alcance a todos y donde todos seamos alimento de vida para los que nos rodean.

Tú que siendo de condición divina te acercaste a nosotros sin rechazar siquiera entrar en las tinieblas de nuestras soledades, sufrimientos y pecados, ábrenos las puertas de tu Reino de amistad, misericordia y gozo.

Que este viacrucis silencioso nos ayude a comprender que solo tú eres la fuente de la verdadera vida.

Primera estación:

Jesús es condenado a muerte.

El que escucha mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo -dice el Señor-; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvarlo. Ese tiene ya quien le juzgue (Jn 12, 47-48)

Al contemplar tu vida juzgada y condenada por los intereses y mentiras de los dirigentes de tu tiempo, comprendemos que también nuestro corazón está lleno de juicios perversos. Unas veces nacidos del dolor, otras del resentimiento, otras del afán de quedar por encima de los demás.

Ayúdanos a comprender que estamos hechos para una verdad que solo se alcanza con la humildad.

Segunda estación:

Jesús carga con la cruz.

El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz de cada día y camine a mi lado (Mc 8,34)

Sabemos por experiencia que para dar vida a los demás hay que renunciar a algo de la propia. Y esto habitualmente es doloroso. Todos nacemos en medio de los dolores de nuestra madre que deja algo de su vida en el parto y todos crecemos en medio de sacrificios con los que algunos abren el camino de nuestra existencia. Cuando te vemos cargando con la cruz, recordamos que viniste para darnos tu propia vida, que tu cruz somos nosotros mismos y que así, sufriendonos, nos sostienes.

Ayúdanos a seguir tus pasos y saber sufrirnos unos a otros para que podamos encontrar la vida juntos.

Tercera estación:

Jesús cae por primera vez.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados (Mt 11, 28)

Hay algo en nosotros que es solo debilidad y muerte. Algo que tira de nuestra vida hacia abajo, como una fuerza de gravedad que nos derribara de continuo de nuestros logros, de nuestras alturas, de nuestros pedestales... Algo que nos recuerda que somos barro y que no podemos sostenernos a nosotros mismos.

Te vemos caído ahí, con nosotros, recogiéndonos en nuestra desesperanza y alentándonos a levantarnos con tu misma fuerza.

Recuérdanos que nuestra debilidad no es nunca débil si se apoya en ti.

Cuarta estación:

Jesús encuentra a su Madre.

¿Quién es mi madre y mis hermanos? Vosotros mismos, si cumplís la voluntad de mi Padre, vosotros sois mis hermanos y hermanas y mi madre (Lc 8, 21)

Jesús siempre nos encuentra en el camino del calvario, si no es en el suyo lo será en el nuestro. Nos encuentra en el camino de dolor que sufren los que cumplen la voluntad de Dios en este mundo de mentira e injusticia.

Es allí, cuando intentamos hacer las cosas bien y parece que no funcionan, cuando nos asalta la tentación de tirar la toalla y adaptarnos a la mediocridad y hacer pactos con el mal, cuando nos dice: *Vosotros sois mi madre y mis hermanos. Camino con vosotros. Caminemos juntos por la senda de la voluntad de Dios.*

Quinta estación:

El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz.

Al que te pida, dale -dice el Señor-; y lo que quieras que hagan contigo hazlo tú por los demás (Lc 6, 30-31)

Algunas veces la generosidad nos sale espontánea, otras solo obligada y a regañadientes. Lo importante es que salga, que no perdamos lo mejor que llevamos dentro, que no son solo nuestros talentos, sino la capacidad de compartirlos y dar vida con ellos.

Cada vez que lo hacemos Cristo se hace uno con nosotros, incluso si no lo sentimos. Cada vez que nos damos a los demás Dios va encarnándose en el mundo para ser *todo en todos*; Dios se hace más grande en el mundo, y nuestro mundo va entrando en la vida misma de Dios que es gozo compartido para todos.

Sexta estación:

La Verónica enjuga el rostro de Jesús.

Muchos se horrorizaban al verlo. Tan desfigurado estaba su semblante que no tenía ya aspecto de hombre (Is 52,14)

Nos gusta encontrar a Cristo como un rostro de paz que serena nuestros agobios, que apacigua nuestro stress, que calma nuestras culpas, que hace olvidar por momentos los problemas de la vida...

A veces, ciertamente, Jesús nos visita para darnos un respiro, para ofrecernos su paz, pero otras lo hace con un rostro inquietante, con un cuerpo desagradable, con una presencia generadora de intranquilidad: la de aquellos que no nos gustan, que no queremos tener cerca porque complican nuestra vida, pero que nos necesitan...

También ese es el rostro de Jesús, el rostro que nos presenta la Verónica. Ante él podemos juzgar si nuestro amor es verdadero o si solo es una forma de autocomplacencia.

Séptima estación:

Jesús cae por segunda vez.

Eran nuestros sufrimientos los que llevaba, nuestros dolores los que le pesaban (Is 53,4)

Al mirar a Cristo empujado con desprecio por los soldados, caído por tierra, podemos comprender que no solo él, sino que todos caemos al suelo por el desprecio de los demás, que nuestros sufrimientos tienen como fuente el pecado de los otros y que el sufrimiento de los otros tiene como origen nuestro pecado.

La vida apenas se puede mantener en pie cuando es despreciada, maltratada, humillada. Da lo mismo si es a gran escala o en lo concreto de nuestras familias o vecindarios... A todos nos pesa el pecado de los demás sobre nosotros, pero Cristo, cargando con nuestros pecados, nos acompaña para decirnos que el amor de Dios siempre está de nuestra parte, a pesar de todo y para siempre.

Octava estación:

Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén.

*¡Jerusalén, Jerusalén, la que matas a los profetas!
¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la
gallina reúne sus polluelos debajo de sus alas, pero
tú no quisiste!” [...] Lloro, pues ahora, porque tu
casa quedará desierta (Lc 13, 34; 23,37-38)*

¡Cuántos proyectos de bien quedan frustrados por los intereses de la codicia humana! ¡Cuántas buenas obras echadas a perder por el orgullo de nuestro corazón! ¡Cuántos sueños anegados por el cinismo amargado de los que están de vuelta de todo! ¡Cuántas lágrimas derramadas por la muerte de los que luchan por la justicia! ¡Cuánta soledad y sufrimiento creados por el desprecio, el acoso, la indiferencia!

Cristo nos invita a llorar por el pecado con el que matamos nuestra propia humanidad. Pero aún hay esperanza en su mirada, siempre compasiva, de perdón y de futuro.

Novena estación:

Jesús cae por tercera vez.

*El que echa mano al arado y sigue mirando hacia
atrás no vale para el Reino de Dios (Lc 9, 62)*

Has decidido llegar hasta el final. No importa las veces que caigas vencido por el peso que te impone nuestro pecado. El cuerpo te dice basta, pero tu espíritu ha decidido estar con nosotros incluso cuando ya no hay más futuro a la vista que la muerte. Estar con nosotros hasta el final cuando ya no sabemos ser de otra manera, cuando solo somos un peso muerto para ti porque estamos hechos de pecado e indiferencia.

Vencido no dejas de ser tú mismo, Dios-con-nosotros, también cuando solo somos una carga de la que lo más sencillo es desesperar.

Décima estación:

Jesús es despojado de sus vestiduras.

Vosotros -dice el Señor- amad a vuestros enemigos y haced el bien a los que os aborrecen
(Mt 5, 44)

Nacemos desnudos y nuestra carne se pudrirá desnuda. Pero como tenemos miedo a la desnudez nos vestimos de bienes, de fuerza, de palabras rimbombantes... como si eso nos diera una identidad verdadera y segura.

El cuerpo desnudo de Cristo, despojado de sus vestiduras, nos muestra su verdad. Este cuerpo humilde y pacífico, que no presume de sí; este cuerpo que acoge el desprecio y solo devuelve un silencio sin condenas; este cuerpo que solo refleja la misericordia de un Dios en cuyo corazón no cabe el odio, es el cuerpo del que nos salva.

También a nosotros la vida nos despojará de nuestros ropajes. Entonces ¿será nuestro cuerpo reflejo del Cristo confiado, amable, pacífico, humilde? ¡Señor, ten piedad!

Undécima estación:

Jesús es clavado en la cruz.

Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen
(Lc 23, 34)

El mal siempre será un misterio en nuestro corazón. Sabemos que el mal solo produce mal y, aun así, nos entregamos a él, como imantados por una fuerza que apenas podemos contener. Da igual la forma que adquiera, todas ellas son formas de mentira y violencia contra nosotros mismos y contra Dios que nos creó para la vida.

Es este mal el que clava a Cristo en la cruz utilizándonos, haciendo que nos golpeemos unos a otros, y luego busquemos justificaciones, que son siempre mentirosas.

Con Cristo está crucificado el mundo, estamos crucificados nosotros. Y solo en él podemos alcanzar la salvación si sabemos suplicar con humildad diciendo: *Perdónanos, que no sabemos lo que hacemos.*

**Duodécima estación:
Jesús muere en la cruz.**

No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden hacer nada más (Lc 12, 4)

Los seres humanos recibimos la vida, no la podemos crear. Es un don que encontramos habitando nuestro ser. En ella respira el mismo aliento de Dios que nos pone en pie y nos lanza a la historia para que seamos nosotros mismos participando de su creación.

Y como es recibida hemos de aprender a devolverla, a confiarla humildemente a Dios para que haga cosas grandes con ella. Hemos de aprender a *expirar*. Y no es fácil. Es Cristo quien nos enseña cuando confía y ama a todos, cuando ama y confía en Dios, alejándose de todo afán de imponerse a los demás y sostenerse a costa de lo que sea.

La última expiración es siempre un grito que busca a Dios. En él también Cristo nos acompaña con su poder de resurrección.

**Decimotercera estación:
Jesús es bajado de la cruz.**

Un samaritano, que iba de camino, pasó al lado, y viendo sus heridas, se conmovió (Lc 10, 33)

Demasiadas veces solo pensamos en nuestro presente y en nuestro futuro, y olvidamos todo lo que hemos recibido de las generaciones anteriores, dejándolos muertos en las cruces con las dieron forma a este mundo nuestro.

También hoy, después de lo dado, Cristo parece un muerto olvidado en nuestro mundo. José de Arimatea nos invita a no olvidarlo y bajarlo de la cruz. A recuperar su cuerpo, recordando su humildad, su bondad, su compasión, su generosidad. Porque, aunque nos resulte difícil de creer en algunos momentos, es la vida que él nos dio la que tiene el poder de resurrección y eternidad, pues pertenece al mismo Dios.

Señor, no permitas que te dejemos en el pasado como a los muertos ya olvidados.

Decimocuarta estación:

Jesús es puesto en el sepulcro.

Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, quedará infecundo, pero si muere dará mucho fruto (Jn 12, 24)

Todos conocemos la vida que otros han dejado en nosotros. No notábamos cuando la sembraban, pero después ha brotado y sabemos que sin ella seríamos mucho menos de lo que somos.

También Dios se ha sembrado en nuestro mundo y en nuestras vidas, que demasiadas veces son para Él como un sepulcro. Pero él aguanta, como un muerto olvidado, para resucitar a su tiempo.

Nosotros mismos somos el sepulcro vacío donde Dios quiere hacer amanecer la vida de su Hijo. Quizá tarde más de tres días, depende de su medida del tiempo y de nuestra confianza en él, pero resucitará resucitando el mundo con nosotros envolviéndonos con su amor exuberante.

Oración final

Dios y Padre nuestro, que quisiste enseñarnos en la Pasión de tu Hijo lo que es una vida humilde y pacífica, una vida generosa y entregada a los demás, danos su mismo Espíritu para caminar por el mundo movidos por la fuerza de su resurrección.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.